

## La reinención del otro en la era de la posverdad<sup>1</sup>

*“Pasan muchas cosas fastidiosas en el mundo que le obligan a uno a escribir”*

Carta de Freud a Ferenczi/ 1911

En una conferencia pronunciada en Milan, el 12 de mayo de 1972, y con el propósito de situar el discurso analítico en relación con su reverso, el discurso del amo, Lacan presenta por única vez la estructura del discurso capitalista.<sup>2</sup>

El discurso del capitalista es una variedad del discurso del amo y su escritura se efectúa, respecto de este último, a partir de dos inversiones: la primera de ellas, es entre S1 y \$, es decir, las letras que ocupan el lugar del agente -o semblante- y el de la verdad; la segunda inversión propuesta, consiste en el cambio del sentido de los vectores que conectan dichos lugares. Mientras que en el discurso del amo el semblante es el significante amo que recibe su determinación de la verdad, en el discurso del capitalista la figura del ego capitalista, oficiando como agente, repudia esa determinación, pasando a comandar su relación con la verdad. Como vemos, se trata de dos sutiles diferencias formales que, sin embargo, provocan sustanciales transformaciones en el funcionamiento general de la fórmula: su consecuencia más grave es el rechazo de la castración y el establecimiento de una circularidad sin interrupciones ni pérdidas.

A través de esta manipulación de la verdad -y de la correlativa exclusión del sujeto en tanto dividido-, el superyó contemporáneo ordena su desmesurado imperativo: “¡gozáyate!”. Llevado al paroxismo, este mandato intenta imponer un goce autista, desamarrado de sus necesarias relaciones con el deseo y el amor. Un goce, además, que lejos de contemplar la singularidad de cada quien, se presume totalizador. Se trata entonces de un goce para todos... para todos los que puedan pagarlo. Es así que la pretendida universalización del goce muestra su verdadera cara: en realidad, no todos pueden acceder a ese goce. Una inmensa mayoría queda mirando desde afuera. El visionario George Orwell ya lo anticipaba con su característica y lúcida ironía: “Somos todos iguales, pero algunos somos más iguales que otros”.<sup>3</sup>

Pero el capitalismo, como ideología y como sistema político-económico, se ha profundizado vertiginosamente en los últimos años, encontrando nuevas modalidades discursivas. Por un lado, sigue “dejando de lado las cosas del amor”, aunque no deje de hablar de ellas. Dos de estas modalidades, paradigmáticas de nuestra época y difundidas

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en la última *Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis*, celebrada en Río de Janeiro, los días 18, 19, 20 y 21 de octubre del 2017.

<sup>2</sup> Nos estamos refiriendo a la segunda versión del discurso capitalista, aunque la única, en definitiva, con escritura propia. Podemos encontrar una primera versión de este discurso -emparentado con el del universitario- en el *Seminario 17*. Allí Lacan critica “el fantasma de saber totalidad” encarnado por la ciencia, ubicando al saber en el lugar del agente del discurso

<sup>3</sup> En su obra *La rebelión de la granja*.

por una arrolladora estrategia marketinera, son las neurociencias y la autoayuda.<sup>4</sup> Las neurociencias, al sostener el ideal de un cuerpo sin palabras, susceptible de ser intervenido caprichosamente por el Otro de la ciencia y del mercado, pueden llevar a cortocircuitar el movimiento deseante del sujeto y por ende, sus relaciones con los otros. La siguiente frase, pronunciada por el máximo referente de las neurociencias en la Argentina y actual funcionario gubernamental -tal es, en ciertas ocasiones, el poder del pacto existente entre la ciencia y el capitalismo-, lo dice de un modo contundente, aunque no menos sorprendente: “amamos con el cerebro, no con el corazón”.

Por su parte, la autoayuda postula, desde una vertiente empalagosamente imaginaria, el ser-uno consigo mismo y ser-uno con el otro. Es más, para alcanzar esa plenitud con el otro, primero hay que lograr una sobreactuada armonía con uno mismo. Más vale entonces que el otro vaya esperando sentado... La auto-ayuda desconoce lo hetero y eso sí que no ayuda para nada.

No obstante, el resurgimiento de las derechas neoliberales en muchos países, entre otros en Argentina y Brasil, nos confronta con un nuevo problema: la construcción de relatos donde se promueve no sólo el rechazo de la castración o estas versiones degradadas del amor, sino también el odio hacia lo diferente. Aquí no estamos hablando de ese odio que se anuda moebianamente al amor y que llevó a Lacan a la invención del neologismo “*hainamoration*”.<sup>5</sup> Por el contrario, se trata de una moción tanática que implica una tajante ruptura con Eros. En palabras de Osvaldo Couso, este odio “ataca la existencia misma del otro como sujeto, no sólo para destruirlo sino para destruir lo que lo hace otro, la alteridad que lo constituye”.<sup>6</sup> En Argentina, por ejemplo, los demonizados pueden ser varios: los “pibes chorros”, los “vagos con planes sociales”, los piqueteros, a principio de este año los docentes, siempre tan afectos al paro y a las carpas blancas, y en estos últimos días, los mapuches, ubicados en el banquillo de los acusados por seguir defendiendo sus tierras y por exigir la aparición con vida de Santiago Maldonado.<sup>7</sup> En otros países, serán los chavistas, los mexicanos, los musulmanes, los refugiados. Es decir, todos aquellos empeñados en arruinar la fiesta capitalista. Estos relatos vienen mostrando su eficacia en el momento de abrir las urnas pero también su insuficiencia: es entonces cuando su mensaje debe entrar “a la fuerza”, con más vigilancia y más represión, con nuevos muros, con golpes institucionales y juicios políticos, y hasta con “el lenguaje de los misiles”, tomando la irrefutable expresión utilizada por el politólogo Atilio Borón, a propósito del reciente bombardeo -uno más y van...- de EE.UU. a Siria.

---

<sup>4</sup> Se remite al lector a un trabajo de mi autoría presentado en la *Reunión Lacanoamericana* de Montevideo donde se desarrolla este tema: *El “tiempo otra vez avanza”*. *Propuestas del psicoanálisis frente a la terapéutica oficial contemporánea*.

<sup>5</sup> Jacques Lacan: *El Seminario, Libro XX: Aun*, Editorial Paidós, Barcelona, 1981, pág. 110.

<sup>6</sup> Osvaldo Couso: *El amor, el deseo y el goce*, Editorial Lazos, Buenos Aires, 2005, pág. 94.

<sup>7</sup> Cabe aclarar que instantes previos a la presentación de este trabajo, nos enteramos de la tristísima noticia de la aparición del cuerpo de Santiago Maldonado. A pesar del silenciamiento oficial, aún restan por esclarecer las circunstancias que derivaron en este fatídico hecho, más teniendo en cuenta el irrefutable contexto represivo en el que ocurrió. Y tan sólo unos días después, otro joven mapuche, Rafael Nahuel, fue asesinado por un prefecto, durante lo que puede considerarse, según las investigaciones realizadas hasta el momento, una verdadera cacería humana y no un “enfrentamiento”, tal como quiso catalogarse en un comienzo por el discurso hegemónico. Adelantamos con esta última mención, un claro ejemplo de la “*posverdad*”.

Ya no se trata sólo del goce autista en el que se recluye el sujeto para “disfrutar” en soledad de su objeto de consumo; las derechas neoliberales exigen otro goce, el del odio, donde el objeto gozado termina siendo el prójimo. Para ello, el otro debe ser reinventado porque se necesita de él. Por supuesto, que esta lógica nos resulta conocida. Sartre, por ejemplo, ya lo anticipaba respecto del Holocausto: “Si el judío no existiese, el antisemita lo inventaría”. Y agregaba: “Si se hace antisemita es porque no puede serlo solo. La frase: ‘Odio a los judíos’ es de las que se pronuncian en grupo; al pronunciarla se adhiere a una tradición y a una comunidad: la de los mediocres”. Es decir, se inventa, a la vez, un otro igual y un otro diferente. Los discursos oficiales contemporáneos renuevan esa vieja apuesta pero teniendo a su disposición una enorme maquinaria mediática y cibernética que les permite reforzar y universalizar su mensaje. Entiendo que representa un nuevo desafío para los analistas, el poder precisar las incidencias y alcances que estos discursos pueden llegar a tener sobre el sujeto y sus lazos sociales.

Siguiendo por esta misma dirección y en el intento de poder dimensionar mejor la fuerza de estos discursos, propongo dar un paso más: el análisis de una creación léxica y conceptual, surgida en estos últimos años con el fin de designar una de las singularidades de nuestra época: la llamada *posverdad*. También llamada “mentira emotiva”, su sentido alude a “toda información o aseveración que no se basa en hechos objetivos sino que apela a las emociones, creencias o deseos del público”. Nosotros podríamos agregar que apela, a fin de cuentas, al fantasma neurótico.<sup>8</sup> Lo cierto es que la *posverdad* reniega de toda evidencia empírica con el propósito de incidir engañosamente en la formación de la opinión pública.<sup>9</sup>

Se trata de un neologismo que ganó gran popularidad a partir de la campaña presidencial de Donald Trump en los Estados Unidos y del triunfo del *Brexit* en el Reino Unido. En nuestras latitudes, el referéndum por la paz en Colombia y las estrategias comunicacionales de los grupos de poder económico y político imperantes en Brasil y en Argentina, también son concebidos como cabales ejemplos de esta misma operatoria. Se acrecentó tanto su empleo, que el diccionario Oxford le ha otorgado a este neologismo “*post-truth*”, en el 2016, el título honorífico de “palabra del año”. Y la Real Academia Española ya anunció que la incorporará en su diccionario a fin de este año. En la conferencia brindada por su director Darío Villanueva, precisamente en el marco de dicho anuncio, se puso de relieve lo planteado también por otros intelectuales; varios coinciden en que la *posverdad* es, en realidad, una suerte de nuevo ropaje de una estrategia de comunicación y de difusión política preexistente y hasta algo trillada. En este sentido, podría considerarse como uno de los pioneros en el oficio, a Edward Bernays, sobrino de Freud, inventor de la propaganda y de las relaciones públicas, y que aplicó la teoría del inconsciente de su tío para tales fines. De un modo más llano y más siniestro aún, se puede escuchar un perfecto antecedente de la *posverdad* en algunas de las célebres declaraciones de Joseph Goebbels, ministro de propaganda nazi: “Miente,

---

<sup>8</sup> La religión y el discurso del capitalista formalizado por Lacan también deben su poder al anclaje en el fantasma neurótico. Quizás podamos pensar que cada uno de estos tres discursos -incluyendo el de la *posverdad*- encuentran eco en dimensiones diferentes de dicho fantasma.

<sup>9</sup> El consultor del actual gobierno macrista, Jaime Durán Barba, no lo puede expresar mejor en su libro *El arte de ganar*: “Debemos tratar de que nuestro mensaje provoque polémica. Más que perseguir que el ciudadano entienda los problemas, debemos lograr que sientan indignación, pena, alegría, vergüenza o cualquier otra emoción”.

miente, que algo quedará, cuanto más grande sea una mentira más gente la creará” o “Una mentira repetida adecuadamente mil veces, se convierte en una verdad”. Incluso la novela distópica del ya citado George Orwell, *1984*, escrita en aquel desolador escenario inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial, podría constituir un sagaz presagio de lo que iba a ocurrir muchísimos años después. Al decir de Villanueva, el único error de Orwell es que, respecto del tiempo cronológico, se quedó corto. La sociedad que él describe podría ser la de nuestro siglo XXI. Recordemos que el protagonista de la novela, Winston Smith, trabajaba en el Ministerio de la Verdad, en una de cuyas paredes aparecían grabadas -para que se pudieran ver permanentemente- las tres consignas del Partido: “La guerra es la paz”, “La libertad es la esclavitud” y “La ignorancia es la fuerza”.

De todos modos, a estos “retoques de la lengua”, recordando una ocurrente expresión de Lacan, siempre conviene interrogarlos. ¿Cuál es entonces la novedad que podríamos acentuar con el término de *posverdad*? ¿Cuáles son sus incidencias sobre la subjetividad contemporánea?

Abordaré estas preguntas, tratando de reconstruir un contexto filosófico posible para el empleo y la función de esta palabra. Si bien la multiplicación de la verdad pregonada por la *posmodernidad*, parece haber abonado un terreno fértil para la irrupción de la *posverdad*, prefiero hablar de *transmodernidad*, adhiriendo a la hipótesis de la filósofa española Rodríguez Magda, quien propone que ya no se trataría esencialmente de la caída de los grandes relatos sino del triunfo de uno de ellos, la *globalización*. La globalización se sostiene en dos pilares fundamentales: la existencia de un mercado mundial liberal y la construcción de una red tecnológica expandida por todo el planeta. Más allá de las evidentes virtudes que en materia de comunicación este mundo en red puede aportarnos, también es cierto que genera condiciones inéditas para aumentar exponencialmente el poder nocivo de estas políticas de dominación. Como plantea Marc Augé, “el reino de la imagen, reafirmado por el desarrollo de las redes de comunicación, acentúa a la vez el carácter ‘hiperreal’ del sistema, para retomar la expresión de Umberto Eco, y la creciente indistinción entre realidad y ficción”.<sup>10</sup> Es más, en esa “abolición insensible de la frontera entre realidad y ficción”, tal como la nombra, este autor enfatiza “el efecto perverso de los medios”. Y prosigue: “El espectáculo del mundo globalizado nos enfrenta así a una serie de contradicciones que tienen toda la apariencia de mentiras”. Una de ellas es la “contradicción entre la existencia proclamada de un espacio planetario abierto a la libre circulación de los bienes, de las personas y de las ideas, y la realidad de un mundo donde los más poderosos protegen sus intereses y sus producciones, donde los más pobres intentan, a menudo en vano y pagando con sus vidas, refugiarse en los países ricos que los reciben con cuentagotas, donde la guerra de las ideas y las ideologías encuentran un campo de acción inédito en la red internacional de comunicación”.<sup>11</sup>

Ahora bien, a partir de este contexto, y retomando una de las ideas centrales de este trabajo, quisiera destacar lo siguiente: que en esa enloquecedora proliferación de mensajes, podemos identificar algunas expresiones, repetidas hasta el cansancio y que

---

<sup>10</sup> Marc Augé: *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2015, pág. 42.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 51.

sirven a la construcción de una falsa moral donde se sanciona con un llamativo ensañamiento el supuesto goce del otro, desconociendo, desde ya, el propio. Este otro reinventado es así acusado de una serie de cargos que comparten una raíz común: es “corrupto”, es “ladrón”, “no quiere trabajar”, “entra ilegalmente en nuestro país”, “quiere quedarse con lo nuestro”; todas críticas que no se apoyan en ninguna escalas de valores, salvo aquella que entroniza al capital como valor supremo. Por consiguiente, si bien se arenga en favor de un vínculo posible con el otro -con aquel perteneciente a la misma clase social o grupo, por ejemplo-, dicho vínculo se forja, imaginaria y gozosamente, a partir de su diferenciación con el otro denigrado. De esta manera, hay vínculo social -entramado en una psicología de las masas recargada- pero no hay, en sentido estricto, lazo social, tal como lo podemos conceptualizar desde la teoría lacaniana de los discursos. En dicha teoría, la estructura y funcionamiento discursivos -incluyendo su principio de rotación- incentivan la inscripción de las diferencias, es decir, de las verdades subjetivas en juego.

En la narrativa de la *posverdad*, además de la irrelevancia otorgada a la verdad factual -de la que los analistas no nos deberíamos desentender tan rápidamente, cabe aclarar-, también se produce un rechazo de la verdad subjetiva en tanto lugar determinante del discurso y, por ende, del lazo social. El sujeto se extravía en estos ensordecedores imperativos de goce -gocé del objeto de consumo o del otro como objeto-, desoyendo la orientación que puede imprimirle a su vida -también a su vida social- la brújula de su propio deseo. Esta verdad que sólo puede decirse a medias y que tiene estructura de ficción, está sostenida en una ética anti-individualista, es decir, una ética que refiere a la singularidad desiderativa de cada quien y que, al mismo tiempo, también propicia nuevos modos de encuentro con los otros.

Sabemos que el psicoanálisis no es revolucionario pero sí es subversivo. No tiene ni el poder ni la meta de cambiar la realidad social, política o económica. Pero sí puede acompañar al sujeto en un camino de interrogación y atravesamiento de los discursos que lo alienan. La dirección de un análisis alienta esa herejía del sujeto, definida por Lacan como el deber ético de “elegir la vía por donde tomar la verdad”. Dicha vía se transformará en un inédito enlace para anudar de otro modo amor, deseo y goce. Y en la reescritura de este destino, se producirá, por añadidura, *una nueva pero diferente reinención del otro*, esta vez más allá del narcisismo y de sus miserables diferencias.

Concluyo este recorrido con la letra de un compositor que forma parte del alma de esta maravillosa ciudad, Vinicius de Moraes, quien ya lo anticipaba en una de sus más bellas estrofas: “La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida”.